

Comentario a un libro excepcional

Emèrit Bono Martínez



Ernest Garcia: *Ecología e igualdad: Hacia una relectura de la teoría sociológica en un planeta que se ha quedado pequeño*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2021, 664 pp.

PROPÓSITO Y METODOLOGÍA

Este escrito refleja la admiración y el profundo interés que la lectura del libro *Ecología e igualdad* me ha provocado. Sus 663 páginas, querido lector, vale la pena leerlas. Considero que es una aportación importante al análisis ecosociológico, relativa a los procesos que tienen que ver con los recursos naturales y sus posibles límites, al desarrollo económico y sus limitaciones, así como también a las condiciones sociales y tecnológicas. Ese análisis lo lleva a cabo el profesor Ernest Garcia a través de distintas contribuciones de sociólogos y economistas (especialmente los primeros), que van del siglo XVIII al momento presente. Es una investigación hercúlea y diría que completa. Como indica el profesor Ernest: «El trabajo emprendido obliga a leer textos antiguos y olvidados, así como a releer porciones significativas de la obra de los autores reconocidos por la tradición. De primera mano, no a través de las interpretaciones heredadas».

Ese es, me parece, uno de los rasgos característicos de este libro. No lo reivindica como mérito, porque la lectura directa de las fuentes es como la comida

casera, que no es buena o mala por el hecho de ser casera, sino por las habilidades de quien cocina. De manera similar, el acierto de una lectura de primera mano depende de la persona que lee, no del simple contacto directo con el texto original (pág. 649).

Una de las virtudes de este escrito que comentamos es que, a pesar de sus muchas páginas, se lee fácilmente, por su amena presentación: «Piedras en el camino de la perfección» es el título de la primera parte. O el título de algunos capítulos, como el 7: «¡Oh no, más precursores!», o el 17: «Dios proveerá: apuntes sobre el poblacionismo católico». Es de señalar también su correcta escritura.

El propósito del libro es registrar y comentar las variantes, a lo largo de los últimos siglos, del debate en torno a las tres siguientes cuestiones: en primer lugar, la relativa a si los males sociales tienen su origen solamente en las instituciones creadas por los seres humanos (lo cual implicaría que la propia acción humana podría resolver aquellos males); o si, por el contrario, la naturaleza impone de manera necesaria límites insuperables al progreso. En segundo lugar, la convicción (o falta de ella) de que la escasez puede ser superada siempre mediante una distribución igualitaria, mediante innovaciones técnicas, o una combinación de ambas. Sin embargo, las dudas al respecto han complicado dichas aspiraciones. Hay, en tercer lugar, diversas versiones de la tesis según la cual la reducción (o abolición) de la desigualdad remueve los obstáculos socioeconómicos al avance del conocimiento y, así, abre la puerta a un aumento incesante de la riqueza colectiva. Sin embargo, las vueltas y revueltas en torno a todo esto son enormes: desde el discurso rousseauiano sobre el origen de la desigualdad, como apropiación arbitraria aceptada por los otros, hasta las confrontaciones actuales entre creyentes en la sostenibilidad del desarrollo y abogados del decrecimiento, o entre adeptos a la modernización ecológica y partidarios del ecosocialismo (págs. 18-19).

Por otro lado, metodológicamente la investigación llevada a cabo no es una historia de las ideas. Como dice el profesor García:

Si tuviera que expresarlo en términos académicos, diría que he intentado caminar con un pie en la teoría sociológica y otro en la filosofía política, a lo largo de la imprecisa frontera entre ambas y poniendo el conjunto bajo un foco de sociología ecológica o medioambiental. Para un planteamiento así no existen modelos a imitar. Tal vez por azar, o quizás como una improbable decantación de las lecturas de muchos años, he encontrado inspiración en dos de ellos (por otra parte, bien alejados entre sí). Uno es la crítica de Gramsci a la sociología y la ciencia política positivista, expresada en la reivindicación de una filosofía de la praxis, contenida en sus comentarios acerca del manual de sociología de Bujárin. El otro es la reflexión de Hayek sobre el impacto sociohistórico del 'espíritu politécnico' encarnado en Saint-Simon y Comte. En ambos ejemplos hay una indagación sobre la persistencia del impacto social de las ideas que encuentro sugerente para explorar el significado y los efectos a lo largo del tiempo de la discusión Condorcet-Godwin-Malthus (pág. 26).

LOS TRES GRANDES APARTADOS

Pues bien, aclarado el propósito del libro y su metodología, el profesor Ernest García procede a dividir su análisis en tres grandes apartados. El primero se articula en torno a un análisis de las respuestas de Malthus (las piedras) al entusiasmo progresista de Condorcet y Godwin (la perfección), en los últimos años del siglo XVIII, precisamente cuando se planteó el debate acerca de si la finitud del planeta impone límites y condiciones a la perfectibilidad humana, y se dibujó una problemática que ha tenido una continuidad notable.

En definitiva, Condorcet sintetizó la visión del progreso de los enciclopedistas (curiosamente, entre 1793 y 1794, mientras permanecía escondido para evitar la guillotina), de una manera que es perfectamente reconocible en las elaboraciones contemporáneas sobre desarrollo y subdesarrollo. Godwin ofreció una revisión muy depurada y sistemática de las visiones libertarias y comunistas de una sociedad futura de bienes puestos en común. Malthus sentó los fundamentos de un análisis demográfico basado en teoría y experiencia que, en lo esencial, sigue siendo el de hoy, rompiendo de forma radical con las explicaciones dependientes de consideraciones apriorísticas de índole moral (pág. 21).

Es interesante destacar que, para nuestro autor, el ensayo sobre el principio de población de Malthus se puede considerar como uno de los hitos fundacionales de la sociología (al lado de los escritos sobre la sociedad industrial de Saint-Simon, el estudio de Engels sobre las condiciones de vida de la clase obrera en Inglaterra y el tratado sobre política positiva de Comte).

Tres razones aduce el profesor Ernest García para fundamentar la inclusión de Malthus en el elenco de iniciadores de la sociología, pese a no ser lo más habitual en las presentaciones de la teoría clásica. En esta dirección, si se entiende que la sociología, con todas las dificultades, es una ciencia empírica, es decir, que trabaja con conceptos y datos, entonces el principio malthusiano de la población es un ejemplo muy completo. Por otra parte, esta sería la segunda razón, la huella del principio malthusiano de población, de manera explícita en ocasiones e implícitamente con mucha más frecuencia, es perceptible en la mayor parte de las doctrinas del cambio y la estructura social. En tercer lugar, ofrece una versión primigenia del criterio de que toda sociología es una socioecología, esto es, de que la relación entre la sociedad y la naturaleza es una dimensión ineludible de toda reflexión sobre la condición y el destino de la humanidad.

En cualquier caso, esta consideración de Malthus como uno de los padres fundadores de la sociología nos parece un acierto de gran importancia que hasta ahora había pasado desapercibido.

La segunda parte del libro, titulada «El bárbaro apotegma», es la más extensa, con 321 páginas. Si en la primera parte se establece un hilo que entrelaza la sociología y la ecología, la segunda parte se ocupa de varias derivaciones del tema, muy significativas y relevantes, que se prolongan hasta hoy. Así, las

aproximaciones y los alejamientos mutuos entre Godwin y Malthus. La construcción de un antimaltusianismo de izquierdas, fuertemente ideologizado, por obra de Leroux, Proudhon, Engels y Marx, y también Kropotkin. Sus llamativas coincidencias con un antimaltusianismo católico, construido poco a poco y con matices significativos, pero con una continuidad de fondo, hasta la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco. Y sus coincidencias, también, con la sociología funcionalista de la modernización y con las doctrinas de la transición demográfica, más o menos identificadas con el capitalismo liberal. También el profesor García comenta la conexión entre el maltusianismo y los primeros esbozos de una economía ecológica en la obra de John Stuart Mill, así como en la de Jevons. Los intentos de conciliar a Marx con Malthus, protagonizados por Kautsky a finales del siglo XIX y por Harich en los años setenta del siglo XX. Las vicisitudes de los grupos neomaltusianos anarquistas y profeministas. En todos estos temas, el profesor Ernest García despliega una sagacidad y un arte analítico que, en algunos momentos, llegan a ser sublimes. Por ejemplo, entre muchos, el tratamiento que hace en el capítulo 17 del poblacionismo católico, a la vez riguroso y con mucho tacto.

La tercera parte del libro, titulada «Caveant cónsules», discute la última reencarnación del maltusianismo en el movimiento ecologista de la segunda mitad del siglo XX. En ese contexto, dedica una atención especial a explicar por qué considera que la contraposición –tan a menudo invocada, entre Ostrom y Hardin, entre la gestión de los bienes comunes y el peligro de entrar en situaciones que remitan a la ética del bote salvavidas– expresa, en buena medida, los mismos problemas y preocupaciones que se habían manifestado en los últimos años del siglo XVIII. Los conceptos de capacidad cultural de carga, translimitación o sobrepasamiento (*overshoot*) y colapso son relevantes para llevar a cabo el análisis.

En las últimas cien páginas del libro, Ernest García se interesa, lógicamente, por los grandes dilemas del presente que ya se encontraban *in nuce* en el debate Malthus-Godwin-Condorcet. Así, empieza por el estudio de los episodios de translimitación ecológica, de sobrepasamiento de la capacidad de carga de su medio ambiente, en sociedades del pasado, un estudio que, en su opinión, no arroja una respuesta definitiva a la pregunta de si la crisis ecológica desembocará en un colapso de la civilización industrial; solo sugiere que la respuesta correcta es: depende, quizás sí, quizás no. Entre las sociedades que en la historia se enfrentaron a una situación análoga, algunas se adaptaron, mostraron resiliencia y siguieron adelante; otras, por el contrario, no encontraron la salida y colapsaron. Lo bien cierto es que la lección de las sociedades del pasado muestra que no hay una única salida (pág. 582).

Por otra parte, las diferencias entre la crisis ecológica actual y las padecidas por otras sociedades del pasado son notables y con consecuencias inapelables. La primera de esas diferencias es de ámbito espacial, porque esas sociedades preteritas fueron geográficamente confinadas, locales. La civilización agrícola de

Mesopotamia, con sus grandes ciudades, acabó en desierto y nomadismo, pero las trayectorias de otros lugares fueron distintas (supieron adaptarse). La civilización de hoy es de ámbito y alcance mundiales; si colapsa, no hay civilizaciones alternativas en otros lugares. La segunda diferencia es la gran aceleración del mundo industrial, que provoca una gran concentración en muy poco tiempo, con la consiguiente falta de reposo para el aprendizaje. La crisis ecológica de la civilización industrial no es nueva por ser una crisis ecológica (hay en eso muchos antecedentes), sino por ser una crisis de globalización y aceleración, severa en ambas dimensiones (pág. 583).

Ernest se pregunta si habrá alguna ley universal de la evolución que pudiera resolver la duda de si será o no posible eludir el colapso. Encuentra un punto de partida que podría remitir al principio del máximo de Lotka, o a alguna variante de este. Para Lotka, no se trataba de buscar una regla inductiva, sino una ley de la naturaleza que no admita excepciones. Esa ley determina que, en todos los casos, la selección natural actúa para aumentar la masa total de energía disponible y materiales no utilizados. Se llega así a una ley general: la evolución avanza en la dirección de hacer que el flujo total de energía que atraviesa sea el máximo compatible con las restricciones. Surge entonces la pregunta acerca de si la ley se aplica también a las acciones sociales, al comportamiento de los seres humanos. Cuando la respuesta es afirmativa, se expresa por lo común con una u otra de las dos variantes siguientes (págs. 585-586).

Una, digamos que optimista, postula un ciclo de sobrepasamiento, descenso, estabilización y recuperación. En la fase ascendente y expansiva los criterios son la gran escala, la velocidad y la competición. Ya se sabe: el megapuerto en el que caben más contenedores que en cualquier otro, el tren de altísima velocidad, etc. Para la fase de descenso, en cambio, para el contexto de recursos limitados, los principios pertinentes son: escala reducida, eficiencia y cooperación. En ese marco, el mantenimiento de una sociedad próspera resulta concebible. En este sentido, siguiendo a Odum y Odum, los procedimientos de los sistemas ecológicos sugieren que la sociedad global puede mirar hacia abajo y descender prósperamente, reduciendo los equipamientos materiales, la población y las posesiones no esenciales, mientras se mantiene en equilibrio con el sistema medioambiental que sustenta la vida. Conservando la información más importante, una sociedad más delgada puede organizarse y seguir progresando.

La segunda variante, digamos que pesimista, combina el determinismo energético con el determinismo biológico para anunciar que el final del crecimiento conducirá inevitablemente a un colapso catastrófico y a una espiral descendente hasta la desaparición de la vida civilizada. Ernest cita a Price, quien recuerda que la habilidad para usar energía exosomáticamente diferencia a los humanos de los demás organismos heterótrofos, y que el control del fuego y de los combustibles fósiles ha hecho posible disipar grandes cantidades acumuladas desde tiempos muy remotos. Usando dicha energía para modificar el medioambiente, los seres

humanos han podido ampliar su base de recursos durante periodos prolongados. Pero el agotamiento de los combustibles fósiles no está lejano –continúa ese autor– y ninguna otra fuente de energía es lo bastante abundante y barata para ocupar su lugar... Añade entonces el mismo autor que ese colapso ha de comportar el final de la civilización, no el tránsito a una escala inferior sostenible.

ALGUNAS REGLAS HEURÍSTICAS SOBRE TECNOLOGÍA Y CRISIS ECOLÓGICA

El profesor E. Garcia nos indica que las notas desarrolladas en las últimas cien páginas del estudio nos pueden servir como introducción a un par de tesis de índole sociológica.

La primera tesis es que

la crisis de translimitación, con sus efectos más inevitables, como la transición ecológica y la transición post-carbono, no es un problema que tenga una solución, ni técnica ni política. La translimitación lleva a una reducción de las magnitudes físicas de la sociedad, de la población y del consumo; ni la tecnología ni la política pueden evitar eso, sólo pueden ayudar a que el tránsito sea menos traumático (pág. 638).

Como remarca Ernest, más población y menos consumo no remiten a otra tecnología, sino a otra sociedad.

La segunda tesis es muy sencilla. El gran éxito tecnológico de los siglos XIX y XX es una causa principal de que el cuello de botella del siglo XXI sea muy angosto. El desarrollo científico técnico ha permitido forzar los límites del planeta, de forma tal que, al agotarse la dinámica expansiva, genera no una amenaza de estancamiento sino más bien de hundimiento. La consecuencia de todo ello es que los límites y la indeterminación son los rasgos definitorios del proceso (págs. 638-39).

Pues bien, según el profesor E. Garcia no hay más opción que seguir reflexionando sobre estos asuntos, de tal modo que, al hacerlo, se contribuya a que las reacciones que se desencadenen a medida que las alarmas vayan sonando una tras otra no sean de puro pánico. En esta dirección, algunos principios o reglas heurísticas sobre cambio social, naturaleza y tecnología podrían ayudar. Resumiendo, estos cuatro principios son:

- Primer principio: toda solución tecnológica desplaza los límites, no los anula. Así, por ejemplo, si se descubriera una fuente de energía suficiente para mantener temporalmente el ciclo expansivo de la era industrial, el sistema toparía con límites naturales de otra índole (superpoblación, contaminación, pérdida de biodiversidad o lo que fuese).

- Segundo principio: grandes tecnologías llevan a grandes caídas. Así, prolongar en el tiempo el crecimiento del volumen del petróleo extraído de un yacimiento determinado mediante esfuerzos tecnológicos (como la repesurización-inyección de agua, etc., o la perforación horizontal múltiple), tiene como consecuencia que la disminución de la producción, cuando se produce, sea más rápida y pronunciada. Según lo expresó Georgescu-Roegen, las ciencias tecnológicas deberían aprender que la ley de entropía implica que artefactos más grandes y mejores producen una contaminación más grande y mejor (pág. 641). Ernest mantiene que Jevons mostró gran sagacidad y acertó al precisar que la capacidad de desplazar los límites hacia arriba y hacia delante no hace que los límites se esfumen; e implica que el decrecimiento sea más esperable que la estabilidad y que el descenso sea más pronunciado.
- Tercer principio: las tecnologías a escala humana lo son a todos los efectos. A menudo, se ha señalado que las energías renovables tienen unas características que permiten concebirlas como locales, accesibles, controlables por la comunidad, ofreciendo así la posibilidad de eludir o reducir el peso aplastante de los macrosistemas técnicos. Generalizando y después de muchas discusiones, es bastante probable que se dé una transición a las energías renovables, aunque sea más por la fuerza de la necesidad que por el poder de la convicción; es poco probable, en cambio, que tenga lugar sin traumas y sin tener como resultado un modo de vida notablemente más modesto y sobrio que el actual, así como una población más reducida (ver págs. 642-43).
- Cuarto principio: toda tecnología opera en un determinado marco institucional, moral y estético. Herón de Alejandría inventó la máquina de vapor hace dos mil años, pero la sociedad de su tiempo no se planteó aplicaciones económicas de esta, o por lo menos no las encontró, de modo que el invento cayó en el olvido durante siglos.

Es razonable, entonces, mantener que otra tecnología implica otra concepción de la vida y otra manera de vivirla. Cualquier tentativa de eludir esa interdependencia está destinada a agravar las cosas. Creer que se pueden sustituir los coches de gasolina por coches eléctricos mientras todo lo demás sigue igual es una fantasía sin pies ni cabeza (pág. 644).

EPÍLOGO ABIERTO

Este importante libro de investigación termina con dos tesis que Ernest García ofrece como resumen del libro.

En primer lugar, que la historia del pensamiento social y político de los últimos doscientos años se entiende mejor cuando se considera que Marx y Malthus son complementarios que cuando se postula una oposición irreconciliable entre ambos. Explorar esa complementariedad implica muchas cosas. Así, invita a alinearse con algunas opciones teóricas compartidas con el derechista Hardin por los izquierdistas Kautsky, Giroud o Harich. Ayuda a darse cuenta de que el cóctel conceptual Marx-Malthus, aparentemente agrio e impuro, está encarnado en no pocas dinámicas sociales. En definitiva, el modelo social europeo ha sido una mezcla de la muy malthusiana moderación reproductiva con cosas tan poco malthusianas como las leyes del bienestar, el crecimiento económico y la innovación científico-técnica (pág. 652).

En segundo lugar: si bien la interacción entre Marx y Malthus ayuda a entender la historia de la teoría social, es muy dudoso que pueda prolongarse como fórmula para comprender las dinámicas sociales en un mundo que se ha adentrado en la fase de la translimitación.

El cóctel Marx-Malthus es un brebaje de planeta vacío. Ingerirlo para releer el pasado del pensamiento social permite aplanar el terreno sobre el que quizás podría construirse una filosofía social para la cuesta abajo, una que sea adecuada para un planeta lleno.

Ahora bien, aunque parece necesario que los referentes conceptuales sean nuevos, las categorías básicas que tales referentes han de articular no tienen por qué serlo. Ecología e igualdad, reformuladas para una etapa de contracción, siguen siendo las condiciones de la sostenibilidad y reclaman ser abordadas conjuntamente porque ambas están en emergencia (pág. 652).

Por último, esta gigantesca investigación llevada a cabo por Ernest Garcia, constituirá un hito de referencia ineludible para la socioecología y la ecología política. Este estudio, que ha requerido varios años de investigación realizada individualmente, es seguro que ha tenido momentos de zozobra y perplejidad. Y ahí, la ayuda inestimable de Mercedes Martínez ha jugado su papel de «sostenibilidad» en la ímproba tarea.

.....
EMÈRIT BONO MARTÍNEZ fue catedrático de Política Económica en la Universitat de València y vicerrector de dicha institución entre 1984 y 1986. Elegido diputado por el Partido Comunista del País Valenciano en 1977, desempeñó en el gobierno autonómico valenciano el cargo de Consejero de Bienestar Social y más tarde, tras ingresar en el PSPV-PSOE, el de Consejero de Medio Ambiente, de 1993 a 1995. Entre otros trabajos, es autor de estos dos libros: *La banca al País Valencià* (1972) y *Naranja y desarrollo. La base agrícola exportadora de la economía del País Valenciano y el modelo de crecimiento hacia afuera* (2010).